SAINETE NUEVO

TITULADO

PARA CINCO PERSONAS.

PERSONAS.

Laura.
Don Juan. } *Tios de Laura.*
Doña Paca.

Alejandro, *novio de ésta.*.
Roque, *Page.*
Un escribano que no habla.

Calle y casa con escudo de armas encima de la puerta.

Sale Alejandro.

Alej.—Qué infeliz es un amante
cuando sin ver lo que ama,
imagina cada dia
más dificil la esperanza!
¡Cuántos obstáculos hallo
invencibles para hablarla
y verla, y este demonio
de Roque, me hace una falta
terrible; ¡pero qué veo! *Sale Roque.*
¡Él es sin duda! canalla,
pícaro; cuando conoces
que con más motivos y ánsias
puedo haberte menester,
me abandonas. ¡Ves ya clara
tu poca ley! ¿Qué disculpa
tendrás que dar?
Roq.—Tararara.
Alej.—Dila, bribon.
Roq.—Tararira.
Alej.—¿Ahora te vienes con chanzas?
Espérate... *Dále.*
Roq.—Poco á poco,
y en lugar de bofetadas
dadle á vuestro bienhechor
las albricias y las gracias.
Alej.—¿Cómo?
Roq.—Enviad la tristeza
y cólera noramala,

y revestid de placeres
y consuelos esa cara.
Alej.—¿Pudiste servirme en algo?
Roq.—Los hombres de circunstancias
se encargan para hacer bien
las cosas, ó no se encargan.
Alej.—¿De dónde vienes?
Roq.—De allá.
Alej.—¿Dónde has estado?
Roq.—Allá.
Alej.—Habla.
¿Dónde?
Roq.—En casa de la novia.
Alej.—¿Y qué has hecho en ella?
Roq.—Nada.
Alej.—¿Qué has dicho?
Roq.—Muchas mentiras,
y muy gordas; verbi gracia,
he dicho á la señorita
que de vuestro amor la llama
jamás se podrá extinguir
si la muerte no la apaga.
Alej.—¿Y ella qué dijo?
Roq.—Já, já,
se reia la tontaza.
Alej.—No aumentes con tus locuras
los tormentos de mi alma.
Roq.—Voy á afiojarle la cuerda,
y que recobre su calma.
Pues señor, apénas puse
en este pueblo las plantas,
supe que doña Toribia,
la tia de doña Laura,
necesitaba un criado
que su hacienda gobernara
en forma; me presenté,
habléla con la elegancia
que acostumbro; complacíla,
ofrecí darla fianzas,
aunque fuese de un millon,
en esta propia semana;
me recibió, y cátame
ya introducido en la casa.
Alej.—¿Y ves alguna apariencia
favorable?
Roq.—Veo tantas...
Alej.—¿Sin haber hablado nunca
y habernos visto tan raras
veces por casualidad?
Roq.—No conocen las muchachas
casualidades, amor
ántes, y aun mejor se arraiga
en el pecho de las sosas
que en el de las resaladas.
Alej.—Abrázame, Roque mio.
Roq.—No, señor, soy un canalla.
Alej.—Déjate de eso.
Roq.—Un bribon.
Alej.—Perdona.
Roq.—Un hombre de mala
ley, un pícaro.
Alej.—Jamás
de un enamorado hagas
caso. ¿Te parece, Roque,
que conseguiré á mi Laura?
Roq.—Difícil es: esta tia
es una roca murada
formidable, pero yo
empeñado en bloquearla,
sitiaré, combatiré,
daré asaltos y batallas,
hasta que al fin de la empresa
vea mi sien coronada
con el vine, ví y vencí,
que es el timbre de mis armas.
Alej.—Tambien dice que ha venido
el tio don Juan de Mata.
Roq.—Otro que tal; pero en él es
en quien fundo la esperanza
de nuestra victoria.
Alej.—¿Cómo?
Roq.—Como es quien quiere casarla
breve, y tiene sobre el caso
mil camorras con su hermana;
en fin, allá lo veredes
dijo Agrajes en Arganda:
id ahora disimulado
á dar vuelta por las tapias
del jardin, que yo quizá
podré por la puerta falsa
introduciros, á ver
vuestra novia idolatrada;
adios: no juntos nos hallen
y se descubra la maula.

Alej.—A tí te debo la vida.
Roq.—Y Vd. en su vida me paga. *Vase.*

Salon corto: salen don Juan de Mata y Paca.

Juan.-Cuándo podrá un hombre hablarte
con buena paz dos palabras?
Paca.—Ya me has dicho más de veinte
y ninguna de sustancia.
Juan.—Pero hermana...
Paca.—Pero hermano...
Juan.—¿Que has de ser tan mentecata
que á nuestra infeliz sobrina
siempre tengas encerrada?
¿Cuándo la has de dar estado?
Paca.—Cuando á mí me dé la gana.
Juan.—¿Crees que por oprimirla
será mejor? Patarata,
error; la mujer es como
las cuerdas de la guitarra,
que aquellas que más se estiran,
son las que más pronto saltan.
Paca.—¡Gran golpe!
Que has de hablar siempre
sin saber lo que te hablas.
Juan.—Una mujer de tu edad...
Paca.—Mi edad cierto que es muy larga;
más moza, linda, robusta
y mucho más adamada
estoy que cuando tenía
quince años; siempre sacas
unas cuentas...
Juan.—No te enfades
por eso, niña, y descansa
que yo tomaré á mi cargo
el acomodo de Laura
desde hoy.
Paca.—¿Con qué autoridad?
Juan.—Con la mia, que me basta,
y ya lo verás.
Paca.—Me rio
de todas tus amenazas;
mi sobrina solo hace
lo que su tia la manda.
Juan.—¿Siempre?
Paca.—Sí, señor.
Juan.—Veremos;
en el dia he de casarla.
Paca.—¿En el dia?
Juan.—Rabia, rabia.
Paca.—Rabia tú.
Juan.—La vieja loca.
Paca.—El viejo saco de paja.
Juan.—La presumida.
Paca.—El bufon.
Juan.—Abur. *Váse.*
Paca.—Vete enhoramala.
¿Roque? ¿Roque?

Sale Roque por la izquierda.

Roq.—¿Mi señora?
Paca.—Hoy espero pruebas clarass
de tu honradez y lealtad.
Roq.—No habrá cosa que no haga
por vos; mi agradecimiento,
mi inclinacion á las gracias
de esa hermosura
Paca.—¿Qué dices?
Roq.—Perdonad, no dije nada:
y haré por serviros, más
que por Antonio Cleopatra,
Dido por Eneas, y
Temístocles por su patria.
Paca.—Yo te lo estimo, y escucha;
ese bruto...
Roq.—¿Quién, madama?
Paca.—Mi hermano; me ha prometido
que ha de casar hoy á Laura,
y yo le quiero burlar:
tú has de rondarme la casa
incesantemente; tú
has de hacer contínua guardia
á sus puertas, y por ellas
no ha de entrar persona humana
casable.
Roq.—Yo lo prometo.
Paca.—Cuidado.
Roq.—Yo me alegrara
que alguno viniera ahora;
solamente con mis zarpas
le arrancara las orejas
y despues me las guardara

en el bolsillo.
Paca.—Vé y dila
á mi sobrina que salga,
la diré lo que ha de hacer.
Roq.—Voy allá: á proporcionarla
un maestro que la dé
leccion con más eficacia. *Váse.*
Paca.—Es preciso confesar
que tengo en Roque, por rara
casualidad, un criado
como no hay otro en España;
desde el punto que le ví
conocí que era una alhaja.

Sale Laura de niña simple, con un bordado, y canastillo en una mano, y en la otra una plana de letra de á ocho.

Laura.—Tia mia, el criado nuevo
dice que Vd. me llamaba.
Paca.—Dice bien.
Laura.—¿Qué manda Vd.,
tia mia de mi alma?
Paca.—No te he mandado que siempre
que entres donde hay gentes, hagas
una cortesía, dí?
Laura.—Señora, no me acordaba.
Paca.—Pues vuelve á salir; y al punto
que entres por la puerta, hazla.
Laura.—Bien está; voy, vuelvo. ¿Así?
Paca.—Con más aire; qué parada,
qué bestia eres.
Laura.—Ya lo sé.
Paca.—Ponte allí enfrente, y repara
este aire y esta figura;
mira, de este modo se anda;
ese cuerpo más derecho,
esa cabeza más alta;
no hay cosa que más moleste
que el cuidado y la crianza
de la juventud; ¿á ver
la labor? qué mal bordada
está; esta flor, esta seda
azul, ¿no ves que es más clara
que estotra? y estos oscuros
¿no conoces que se apartan
del natural? Tú estás toda
distraida.
Laura.—Tia amada,
yo me enmendaré.
Paca.—Ya es tiempo,
y cuidado: ¿á ver la plana?
Laura.—Aquí está.
Paca.—¡Qué es lo que veo!
¿Qué has escrito aquí, muchacha?
Laura.—Qué sé yo.
Paca.—Don Alejandro,
Don Alejandro; una llana
de Alejandros solamente.
Laura.—Pues si yo no me acordaba
de otra cosa que escribir.
Paca.—¿Si habrá en esto alguna maula
oculta? Con disimulo
es preciso examinarla;
escucha.
Laura.—Ya escucho, tia,
Paca.—¿En casa, ó fuera de casa,
te ha hablado alguno de amor?
Laura.—¿Y qué es amor?
Paca.—Una mala
cosa que hemos de evitar.
Laura.—Explíquemela Vd., vaya;
pues si yo la ignoro, ¿cómo
he de poder evitarla?
Paca.—En verdad que es el asunto
delicado; mira, Laura,
amor es un niño...
Laura.—¿Un niño?
¿Y para eso Vd. tantas
prevenciones y misterios?
Pues aunque amor me encontrara
¿qué mal me habia de hacer?
Paca.—Dios te guarde si lo hallas,
que es un niño más temible
que un gigante de diez varas
de altura.
Laura.—¡Válgame Dios!
Paca.—Cuando una niña se aparta
de su madre ó de su tia,
y la mira descuidada,
viene quedito y la coge,
y se la lleva en volandas.
Laura.—¿A dónde, tia?

Paca.—A una cueva,
á donde la despedaza
y se la come.
Laura.—¿Sin pan?
Paca.—De un bocado se la traga.
Laura.—¡Pobre de mí! ¿Qué haré yo
para escapar de sus garras?
Paca.—Oye: como algunas veces
suele tomar la gallarda
figura de un caballero,
es fuerza estar siempre armada
contra los hombres, y huir
de su trato (verbi gracia):
si algun jóven te se acerca,
y con voz almibarada
te dice: bien de mi vida,
dueño mio, prenda amada,
escúchame, yo te quiero,
ó semejantes palabras,
responde á todo que nó,
y siempre nó, con constancia
y resolucion.
Laura.—Muy bien,
así lo haré. ¡Calabazas!
Paca.—Y debes hacerlo, pues
á la verdad, no se halla
cosa peor que los hombres.

Sale Roque por la derecha.

Roq.—Señora, fuera os aguarda
uno de los mayorales.
Paca.—Voy.
Laura.—¿Tia mia de mi alma?
Paca.—Entretanto que yo vuelvo,
prosigue más aplicada
en tu labor.
Laura.—Bien está.
Paca.—Cuidado, Roque. *Vase.*
Roq.—Vd. vaya,
que aquí estoy yo para abrir
á mi amo la puerta falsa,
y que aproveche este rato
que estuvieses tú ocupada. *Váse.*
Laura.—Alejandro...

Sale por la izquierda Alejandro.

Alej.—¿Hermosa Laura?
Laura.—¡Ay de mí! nó, nó. ¡Ay de mí!
Alej.—Prenda mia idolatrada,
¿llegó la hora por fin
de vernos? dime ¿no iguala
tu placer al mio?
Laura.—Nó.
Alej.—¡Qué es lo que escucho! Mal haya
la voz de Roque, que así
engañó mis esperanzas!
Abreme tu corazon,
mi bien; ¿no apruebas la llama
que enciende mis ojos?
Laura.—Nó.
Alej.—¿Y deseas que me vaya
de tu vista?
Laura.—Nó, nó, nó,
Alej.—De gozo no cabe el alma
en el pecho. ¿Te ofendieras
de que en una de sus blancas
manos jurase mi eterna
fidelidad?
Laura.—Nó.
Alej.—Pues daca,
y á tus piés rendido juro...

Sale Paca por la derecha.

Paca.—Si venís con tanta gana
de manos, tomad las mias
y con respeto besadlas;
¿es esta la labor que haces?
Vete adentro enhoramala.
¿Qué haces? ¿Qué dices?
Laura.—Nó, tia. *Váse.*
Paca.—Obedece pronto, marcha.
Y Vd., señor galan, puede
volverse, ántes que una estaca,
por la mano de un gañan
le derrengue las espaldas.

Sale Roque por la izquierda.

Roq.—¿Qué es esto? Qué ha habido aquí?
¿quién desazona á mi ama?

Hombre, huid de mi furor,
y temed que si descarga, *Váse Alj.*
dareis al mundo el más triste
ejemplo de mi venganza.
Aquí estaba Vd., señora?
Disimulad que exaltada
la cólera me cegase.
Paca.—Un tesoro es, una alhaja
de un príncipe; amado Roque,
tu celo me desagravia:
voy á hablar á mi sobrina,
y á descubrir esta traza
de su inocencia; aquí vuelvo,
aguárdame y no te vayas. *Váse*

Sale Alejandro por la derecha.

Alej.—Roque, dimos en las ascuas
con todo.
Roq.—Por cierto es lance
de suspiros y alharacas;
lo que importa aquí es tomar
las medidas necesarias
y lograr el golpe.
Alej.—¿Quién
sino tu ingenio y tu maña
podrán conseguirlo? En tí
se funda mi confianza.
Roq.—Poco á poco; si, esto es bueno,
esto es malo, peor, aguarda,
si entro, si salgo, tampoco,
¡vival ya acerté la traza:
ántes que se ponga el sol
sabreis hasta dónde alcanza
mi ingenio; hasta nueva órden
guardad silencio y cachaza.
Alej.—Aquí vuelven
Roq.—Vamos ántes
que descubran la maraña. *Vánse.*

Sale Paca, trayendo agarrada á Laura.

Paca.—¿Es verdad lo que me dices?
Laura.—Es la verdad pura y clara:
á todo dije que nó;
y si dije otra palabra
á todo cuanto decia
el hombre, muerta me caiga.
Paca.—No mientas, mira que á mí
todo, todo me lo parla
este dedito pequeño.
Laura.—No tiene que decir nada,
sino que os he obedecido.
Paca.—Sin embargo, él te agarraba
la mano, y lo consentias.
Laura.—Si yo me ví tan turbada,
y tan torpe, como si
me agarraran de las patas,
que ni pude huir, ni pude
saber lo que me pasaba;
y diciéndole que nó,
yo cumplí, aunque me agarraba.
Paca.—¿Y cómo entró en el jardin?
Laura.—El, por entre aquellas ramas
salió; qué sé yo por dónde.
Paca.—¿Y por quién te preguntaba?
Laura.—Por mi tio.
Paca.—¿Por tu tio?
Ya descubrimos la hilaza
del ovillo: vé á estudiar
tu leccion; y si me hablas
otra vez con hombre alguno...
Laura.—Tia, si Vd. me regaña
porque á todo dije que no,
diré que sí, que sí.
Paca.—Anda,
y como yo no te llame,
jamás de mi cuarto salgas.
Laura.—La mano, y perdone Vd.,
tia mia del alma. *Váse.*
Paca.-No hay que hacer, este es embrollo
de mi hermano: ¡con qué gana
le pegaria yo un chasco,
si un hombre de bien hallara
que me quisiera! Jesús, *Sale Roque.*
mi hermano entonces se ahorcaba.
Roque, yo te iba á llamar
para una gran confianza
que tengo que hacer de tí.
Roq.—Mande Vd.
Paca.—Yo pensaba...
Roq.—¿En qué?
Paca.—En volver á casarme.

Roq.—Es idea soberana;
yo recelo que la puerta
quedó abierta, y las criadas
andan listas; pronto vuelvo;
ya está el contrario en campaña,
y mi sitio es ventajoso: *(váse y deja caer*
echémosle esta descarga. *una carta.*
Paca.—¡Qué vivo es! ¿pero qué es esto
que se cayó? Una carta.
Lee.—«Tu asunto, querido amigo,
»se ha puesto ya en circunstancias
»muy favorables; los duques
»de Andrinópoli y Curlandia,
»tus primos, que te discurren
»al otro lado del Asia,
»están convenidos á
»todo aquello que yo haga
»en favor de las dos partes:
»con que me queda esperanza
»de que pronto acabarás
»de ser Roque de Peralta;
»y á costa de cien mil pesos,
»que son para tí una blanca,
»volverás á brillar como
»marqués de las Peñas Blandas:
»esto y verte es todo cuanto
»desea tu camarada
»y amigo el Conde del Salto.»
Representa.-Todo esto con Roque habla,
¡qué novedad tan feliz!
en su modo y en su cara
conocí que era este hombre
más de lo que aparentaba
desde luego.

Sale Roque.

Roq.—Ya, señora,
podeis hablar confiada
de que nadie nos escucha.
Paca.—A ver, acérquese usía,
y escúcheme dos palabras.
Roq.—Ese trato me sorprende.
Paca.—Ya sé que bajo esa traza
poco apreciable, se oculta
la más ilustre prosapia,
la discrecion y el poder
(¡cien mil pesos! ahí es nada.) *ap.*
¡y qué nombre tan bonito!
¡el marqués de Peñas Blandas!
no hagais gestos, que las cosas
están bien averiguadas.
Roq.—¿Qué escucho?
Paca.—Yo hablo,
y conozco bien la causa.
Marqués mio, ¿es esta vuestra?
¡Qué modesto! ¡Qué crianza!
¡Qué atractivo tiene este hombre!
Mi marido (que Dios haya)
fué de la propia figura:
el aire propio y la gracia
del mirar: si no le hubiera
visto difunto en la caja,
creo que con el marqués
ahora le equivocara.
Roq.—Señora, para vos no hay
en mí cosa reservada:
este es un caso de honor,
y rendido á vuestras plantas,
pido que no me perdais,
porque mi vida y mi fama
exijen...
Paca.—Me ofende usía
con esa desconfianza;
empeñan mucho los hombres
como usía á cualquier dama
como yo; y si es necesario
que se sacrifiquen para
vuestra quietud mis haciendas,
mis diamantes y mi plata,
mis muebles, los de la niña,
mi hermano y toda mi casa,
todo es vuestro, mejorad
de fortuna.
Roq.—¿Y mejoraba
yo de fortuna en el dia
que saliese de esta casa?
¡Ah! yo prefiero estas dulces
cadenas á las más ámplias
libertades: vuestros ojos...
permitid que al pecho abra
una tronera, por donde
se desahoguen las llamas
del fuego que las consume;

yo os ví... yo os adoro...
Paca.—Basta;
que en vos consiste el remedio
de esta dolencia que os mata;
y sin que gastemos tantos
preámbulos, todo calma,
con que el santo matrimonio
nuestra union confirme.
Roq.—A tanta
bondad no cumplo con ménos
que con besar vuestra blanca
hermosa mano.

Sale don Juan de Mata.

Juan.—¡Que viva!
¡Qué bonito duo, hermana!
Don Alejandro, don Lúcas,
venid, muchachos, muchachas,
venid en tropa á dar
los parabienes al ama
de su nuevo estado.
Paca.—Sí:
rabia, rabia, rabia, rabia.

Sale Laura, Alejandro, y un escribano que no habla.

Juan.—¡Qué cabeza!
Paca.—Sí, sí, rie.
¿Sabes tú bien con quién tratas?
Nada ménos que con la
marquesa de Peñas Blandas,
como futura mujer
del marqués.
Roq.—Esta alianza
yo confío que tambien
será de vos aprobada.
Juan.—Yo sé bien quién sois, y muy
léjos de desaprobarla,
celebraré vuestras glorias,
con tal que apruebe mi hermana
la boda de mi sobrina,
con no mejores ventajas.
Paca.—Tanto eres como yo;
haz lo que te dé la gana
con ella, que mi marqués
quizá no querrá aguantarla.
Juan.—Pues señor don Alejandro,
ya que á lo que yo pensaba
os habeis ambos dispuesto
con mi inclinacion tan rara
aquí la teneis; y vos
dadme una pluma mojada
para que firme su tia,
obligándose á entregarla
su dote.
Roq.—Firmad al punto,
y quedad desocupada
de esta boda, para que
se evite toda tardanza
en la nuestra.
Paca.— Dadme aquí.
Alej.—¡Qué ventura, hermosa Laura!
Laura.—Tia mia, hasta ahora no
supe cuánto os amaba.
Paca.—Ya estais servido, señor. *firma.*
Roq.—A los piés de Vd., madama.
Paca.—¿A dónde vaís, marqués mio?
Roq.—A ser marqués de la franja
y conde de la correa
como siempre; si mi ama
nueva no gusta de mí,
y un lacayo os hace falta,
ya sabeis como yo sirvo,
y yo sé como Vd. manda. *Váse.*
Juan.—¡Vitor, Vitor!
Paca.—¡Qué sucede!
¡De esta manera se ultraja
á una mujer como yo!
Hoy he de quedar casada
á cualquier precio que sea:
señores que veis mis ánsias,
si hay algun desesperado
para esta desesperada
entre ustedes, que alce el dedo,
y venga en la confianza
de que no hallará mujer
más fina ni más honrada.
Todos.—Y aquí acaba este sainete,
perdonad sus muchas faltas.

FIN.

Despacho de M. Minuesa, Juanelo, 19.